

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Quién no lee novelas actualmente; quién no paga tributo a la novela, en una ó en otra forma? Ayer mismo, al salir del teatro Real, pensaba yo con sorpresa que, ya bien entrado el siglo xx, una novela de caballerías era lo que acabábamos de escuchar y de admirar por millonésima vez bajo el nombre de *Lohengrin*, y que por más que se hable del crack de la novela y se abomine del género en nombre de la moral y del utilitarismo—dos formas de una misma tendencia,—la novela, que se transforma como un Proteo, ni muere ni morirá mientras la humanidad exista.

Podría afirmarse que eso que llaman *crack* ó trueno de la novela, es el más claro síntoma de su supervivencia y estabilidad incommovible. Quizás la novela ha decaído, no en fertilidad ni en calidad, sino en venta, justamente porque ha aumentado de un modo extraordinario la producción; hablando como los antiguos economistas, porque la oferta es, en el momento presente, superior á la demanda, con ser la demanda más activa que puede haber sido jamás. Asusta la cantidad de novelas que ven la luz diariamente, en todos los países civilizados del globo, que también aumentan cada día, porque la civilización cunde tanto como la novela, y hay entre ambos fenómenos—el histórico y social y el literario—relación más íntima de lo que á primera vista parece.

A principios del siglo xix leían—los que leyese entonces—novelas inglesas y francesas: se traducían, es cierto, lo mismo que ahora; pero el número de autores traducidos con algún éxito era corto; Walter Scott y Alejandro Dumas hacían el gasto. Tampoco abundaban los novelistas españoles, ni, con raras excepciones, pertenecían al número de los que publican de un modo periódico, como rinde el campo su cosecha. De todo ello resultaba que la cantidad de novelas que fuese posible leer, por mucho que agradase el género, era reducida. Acaso por lo mismo ejercían aquellas contadas novelas acción más enérgica en los espíritus. En el siglo xviii, Voltaire, que no pecaba de candoroso, se conmovía con *Clarissa* y *Pamela* lo mismo que un colegial.

Hoy las novelas nos vienen de todas partes, sin hablar de la frondosísima producción nacional. Los subgéneros de la novela (novela corta y cuento) son cultivados por tal muchedumbre de autores, que llamarles legión fuera poco, y habrá que denominarles ejército. La fecundidad, que era antaño la excepción, es hoy la norma, y cada novelista tiene en su activo, por lo menos, docena ó docena y media de obras publicadas, en preparación ó en prensa. El número de países productores de la novela va en aumento incesantemente. Hemos sido inundados por la novela rusa, la novela polaca y la novela escandinava; la alemana asoma; la italiana hace competencia; de Francia nos remiten un sinnón de novelitas; de los Estados Unidos llueven; y ahora se advierte que la América española no quiere ser menos que la América del Norte, y va criando su cañada de novelistas, emancipándose así de nuestra tiranía y aspirando á formarse literatura novelesca propia.

De tal abundancia de novelas y novelistas resulta lo que es lógico: se lee más novela y se lee menos cada novela aisladamente; se reparten el interés y la masa de lectores entre muchísimos más autores; la crítica—buena ó mala—no da abasto á juzgar, ni

aun á señalar á la atención del público las novelas que van apareciendo; bombos y palos producen menos efecto que nunca; la apreciación verbal, de boca á oído, ha llegado á ser la que decide del éxito de los libros de «amena y vaga literatura.» Las famas, acaso fáciles de improvisar, se hacen difíciles de sostener. Y es justo añadir que, en medio de todo, la producción no ha descendido en calidad. Las novelas que hoy se publican por millares, no son en conjunto inferiores á las que en otro tiempo se publicaban por centenares ó por veintenas (acaso esta proporción sea la más exacta). Se ha adelantado en las fórmulas, en lo técnico del trabajo; la idea de cómo se teje y enreda una novela, el conocimiento de los elementos aprovechables, la materia prima, se ha difundido entre los escritores. Esta habilidad, en Francia sobre todo, es ya vulgar, y explica cómo se produce allí tanta novela bien hecha, y tan semejante á las demás novelas igualmente bien hechas, que no dejan rastro.

Asimismo, este modo de ser actual de la novela, en plena sobreproducción (algo análogo sucede con el teatro), nos hace comprender el fracaso de las tentativas de escándalo novelesco. No pudiendo atraer la atención y captarla por medio de un arte y una destreza que van haciéndose tan comunes, se acude á lo extraño, y aun á lo antinatural, hipernatural y monstruoso, para conseguir que los distraídos vuelvan la cabeza y se fijen. Una novelista francesa, Rachilde, que no escribe mal—escribir mal ya es caso raro, á menos que se haga á propósito,—pone en prensa el cerebro continuamente para inventar aberraciones eróticas imposibles y quintaesenciadas, que no se le hayan ocurrido á nadie antes que á ella, y probablemente no se le volverán á ocurrir á nadie después. A fuerza de dar la nota sobreaguda, se obtiene un público especial; el público universal exige otras cualidades.

Todo lo que sobre la novela y su absorbente incremento dejo dicho, me lo ha sugerido esta vez la lectura de una obra de autor americano, creo que bonaerense, la firma Enrique Larreta, y titúlase *La gloria de Don Ramiro*.

Desde luego observo algo en este libro que en alto grado me interesa.

Si hace veinte años un argentino escribe una novela, no sería jamás la que acabo de leer. Para que *La gloria de Don Ramiro* se haya pensado y trazado, ha sido indispensable que un cierto concepto de España se borre, y surja otro más reflexivo y más sentido, más histórico y romántico á la vez. Es preciso que una luz sombría—por decirlo así—haya esclarecido nuestro pasado y nuestro presente, mostrando sus diferencias y sus conexiones profundas; que la España, vista por franceses é ingleses, viajeros y noveladores, con el colorido de la pandereta y el compás del fandango, haya surgido más árida, más trágica, más seria, más vigorosa, en la conciencia de los que la han querido contemplar. Yo no pretendo sentar la conclusión de que la novela de Larreta contenga y cifre este nuevo concepto de la vida pasada española; sólo afirmo que es una de sus más claras y relevadas manifestaciones.

La gloria de Don Ramiro no se parece á las antiguas novelas históricas, en que un telón de fondo representaba el color local, y un birrete torcido, con desflecada pluma, la propiedad de la indumentaria. Desde *Salambó* acá, tales fantasías no son lícitas—y sin embargo continuaron aún largo tiempo su carrera.—Tampoco, realmente, es la obra de Larreta una novela histórica como *Salambó*—es decir, una novela que se funda en la historia.—He oído censurar á Larreta porque, en su libro, Felipe II sólo asoma un instante, pasa como una sombra—lo mismo que en *El alcalde de Zalamea*,—y he defendido esta breve aparición del discutidísimo soberano. Larreta no estudia ni la personalidad del rey, ni aun su época histórica: en la portada del libro hay este subtítulo: «Una vida en tiempo de Felipe II.» Y una vida es en efecto lo que relata, ó por mejor decir, lo que cuaja á su manera en el molde novelesco: la existencia de un hidalgo, que tiene una mitad de sangre castellana y otra mitad morisca, y la melancolía y los impulsos de las dos razas enemigas bullendo en las venas.

En la niñez de don Ramiro (lo mejor del libro), hay algo que recuerda la fábula del *Comendador Mendoza*, de Valera. La madre, doña Guiomar, arrepentida de su pecado de amor con el morisco galán que escaló su ventana, quisiera destinar á la Iglesia al fruto de la maldita pasión, y le prepara para el claustro ó las órdenes. Pero hay un escudero viejo, Medrano, en la infanzona casa del abuelo de don

Ramiro—un escudero que es un retrato de Velázquez—que despierta en el muchacho el ansia heroica. Y esta doble corriente será la que siempre agite su alma, y tan pronto la incline á las aventuras y proezas como al misticismo, que al fin triunfa, en el caso de una existencia azarosa.

Hay en don Ramiro casi todas las tendencias de su época. España no se aquietaba aún; todavía añoraba las conquistas, las victorias, los degüellos, los viajes increíbles al través de nuevos continentes; aún sufría accesos de su admirable calentura cotidiana de tantos siglos, pero empezaba á encerrarse en el sueño de la unidad; la expulsión de moriscos y judíos se preparaba; y á la inquietud divina de los santos se unía la tendencia pagana de los humanistas—como el don Alonso Blázquez de la novela,—á quienes embelesa la hermosura del arte. A la vez, el descontento, no calmado desde las Comunidades, crecientemente entre la nobleza que ya no encontraba desahogo y camino para sus afanes de gloria y de triunfo, engendraba las disensiones, las pequeñas conspiraciones como la que ocasiona la ejecución de don Diego de Bracamonte, uno de los episodios más cincelados de la novela.

Porque la novela está *escrita*: en ella hay primer literario, al lado del elemento erudito, lecturas y viajes, visitas á monumentos, Museos y colecciones de anticuarios, para documentar sus páginas, como también estudio detenido del léxico de los antiguos clásicos españoles. Está *escrita* la novela, aun cuando se deslice, rara vez, algún americanismo, y con mayor frecuencia se nota cierta afectación que no es castiza, porque viene de las rebuscadas innovaciones del decadentismo francés. Ni una ni otra tacha son más que ligeros lunares. El cuerpo del estilo de la novela es castellano, sabrosamente sazonado de arcaísmo.

He oído también reprender en esta novela—que á pesar de la abundancia del género no ha pasado inadvertida, como pasan las nueve décimas partes—la inferioridad de su segunda mitad respecto á la primera. Decae—dicen los censores.—Algún fundamento tiene esta crítica. Tampoco á mí me ha gustado completamente el episodio de la morisca Aixa. Acaso hayan existido moriscas así, á la vez místicas y tan alegres y dadas de su cuerpo; pero no nos comunica el autor su persuasión. El cuadro de los amores entre el cristiano y la infiel, tantas veces pintado por novelistas y dramaturgos, desde Tamar en *Locura de amor* hasta Marquina en *Las hijas del Cid*, tiene sin embargo en la novela de Larreta relieve y frescura. En general, la novela ofrece episodios hermosos, más que una narración seguidamente interesante. El auto de fe en que Aixa sucumbe, la muerte del perro rabioso, la degollación de Bracamonte, merecen toda alabanza, y no ha de escarsearse porque carezca la novela de aquella apretada concisión de *Salambó*—por ejemplo y ya que he nombrado la obra de Gustavo Flaubert desde el principio.—Hay en el libro de Larreta más primor de pormenores que sobriedad y maestría de composición; hay más sugestión de caracteres que psicología; hay más incidentes que fábula. Hacia el final, dijérase que el autor se fatiga, y precipita el obscuro fin de su héroe, enterrado bajo aquella frase irónica: «Esta fué la gloria de don Ramiro...» Una flor de misticismo, única gloria de aquel ardoroso espíritu, símbolo tal vez de España. Pero recuerden los nacidos en América con sangre española en las venas, que sin los don Ramiros y los don Hernandos y hasta los don Juanes, ellos no existirían. Hay tantas glorias diferentes en nuestro pasado.

Con todo esto, el libro es de los que he leído con verdadera atención, gusto y sorpresa, entre los muchos que de América recibo. No hay sólo en él cualidades de descriptor, felices hallazgos de estilista: hay especialmente el caso de un americano prendado artísticamente, quizás á su despecho, del antaño español, penetrado de su belleza singular, única, y que se detiene á estudiarla, si no con amor, con reflexión y ahinco, en lo cual España, sin remedio, saldrá ganando, mientras ha perdido lo incalculable con los cromos de cajas de pasas de tantísimo francés como se ha venido aquí á descubrirnos en quince días. No ha vertido Larreta, ante la España divina del antaño, las lágrimas de emoción que dicen que vertió Washington Irving al besar la firma de Isabel la Católica; pero nos ha considerado despacio, y percibido resplandores de nuestra grandeza.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.